



**PRESENTACIÓN DEL LIBRO MEMORIA DE WASHINGTON,
DE JAVIER LÓPEZ RUPÉREZ**

Madrid, 24 de febrero de 2011

Es un verdadero placer estar con todos ustedes esta tarde para presentar esta “Memoria de Washington” que rinde mi buen amigo, y excelente Embajador de España, Javier Rupérez. Ante todo debo aconsejarles a ustedes que compren –cosa que agradecerá el autor– y lean –cosa que agradecerán ustedes– este libro. Es un retrato de unos años cruciales para la reciente historia del mundo desde la perspectiva de un español cabal, inteligente y curioso, en la capital de los Estados Unidos, que para muchas cosas viene a ser la capital del mundo.

Cuando lean *Memoria de Washington* comprenderán que Javier Rupérez tiene memoria, y muy buena, por cierto. Y al utilizar este talento el Embajador Rupérez nos regala unas valiosas claves para saber lo que pasó durante esos años en los que él desempeñó la misión de representar a España en los Estados Unidos. Fueron años de cambios políticos en la primera democracia del mundo; de dolor, tragedia y decisiones difíciles tras la ignominia del 11 de septiembre; y fueron años también de progreso, apertura y proyección exterior de España.

Javier Rupérez no pretende hacer historia, sino dar un testimonio sincero de lo que él vivió en ese tiempo. Pero con ello nos provee de una herramienta para saber qué pasó y así entender mejor dónde estamos y por dónde deben ir nuestros pasos como nación en el mundo de hoy. La memoria es la facultad que más debemos utilizar cuando necesitamos imaginar el futuro y tomar la difícil decisión de elegir la senda por la que caminar cuando no tenemos mapa, sino sólo una brújula y la experiencia del camino recorrido.

Vaya por ello, antes que nada, mi agradecimiento al Embajador Rupérez por haber escrito este libro y por haberlo hecho con la honradez intelectual, la profundidad de análisis, el sentido de la historia y de la política, y la pizca de humor e ironía que siempre han caracterizado a Javier Rupérez. Y también mi agradecimiento por haber tenido la deferencia de invitarme a escribir el prólogo a su trabajo.

En un país en el que no es habitual que políticos y altos funcionarios den cuenta ante sus compatriotas de su actuación en la gestión de los asuntos públicos son muy de

agradecer contribuciones como las del Embajador Rupérez. Es una manera de ejercer el patriotismo.

La trayectoria de Javier Rupérez es conocida. No exagero, sino que cumpla con un deber de estricta justicia, al afirmar que forma parte de los mejores servidores públicos que ha tenido España en los últimos treinta años. En esa larga trayectoria de servicio a España ha alternado la dedicación a la diplomacia con el ejercicio de su arraigada vocación política. Todos cuantos le conocemos bien apreciamos su cultura, su inteligencia y su sentido de la responsabilidad y de la Historia. Y sabemos de su fidelidad a unos principios que acompaña de una entrega leal al servicio público en las dos facetas que domina, la diplomática y la política. En definitiva, aunque la palabra ahora no esté de moda, Javier Rupérez es un patriota.

Hoy estamos padeciendo en nuestro país las consecuencias de malas decisiones y de conductas irresponsables que nos han sumido en una crisis profunda. Ya he dicho en alguna ocasión que vivimos un momento de ruptura del proceso histórico que se inicia en la Transición. Vivimos un momento de regresión y no sólo económica.

Cuando llegó la crisis económica ya estábamos sumergidos en una crisis de cohesión política, de ideas y de valores que nos ha hecho perder los objetivos nacionales compartidos. Una crisis que nos ha alejado de nuestros mejores tiempos como Nación, arrastrándonos a la que probablemente es la peor situación de nuestra historia reciente. Por desgracia, esta situación tiene también una dimensión exterior que es preciso reparar.

El deterioro de la posición internacional de España en estos últimos años no es casual, sino que se debe a decisiones políticas que tenían como resultado la pérdida de ese peso. El mensaje que se lanzó, dentro y fuera de España, es que nuestro país debía renunciar a jugar en la liga de los mejores; que era deseable que España se replegara en la mediocridad, en los viejos tópicos de la izquierda, en actuar como si la política exterior fuera, en el mejor de los casos, un mero ejercicio de relaciones públicas.

Aunque hoy parecen lejanos, conviene recordar episodios como la renuncia a la posición adquirida por España en la nueva Unión Europea; el desistimiento en la negociación de los fondos europeos; la crisis, en términos de fiabilidad y cooperación, a la que se llevaron las relaciones con los Estados Unidos, cuyas consecuencias aún padecemos; la irrefrenable fascinación por los peores regímenes y los autócratas más extravagantes; o el aval prestado a la dictadura cubana con la insistencia en poner fin a la posición común europea. Y lo menciono en homenaje a la resistencia democrática en Cuba porque ayer se cumplió el primer aniversario de la muerte de Orlando Zapata, preso político del régimen por ser disidente.

El radicalismo ideológico aplicado con una buena dosis de adanismo frívolo nos ha llevado adonde hoy estamos:

Europa nos mira con recelo y perplejidad; nos ve, como se dice ahora, como un riesgo sistémico.

Nadie comprende tampoco la renuncia a ejercer una política coherente con Iberoamérica y el apoyo a regímenes populistas que erosionan las libertades de sus poblaciones y nuestros intereses como país.

Nuestras relaciones con los Estados Unidos han pasado de la fobia patológica a un servilismo rayano en el culto a la personalidad que no ha tenido ninguna de las contrapartidas que se anunciaron. No deja de tener su gracia que lo que se presenta como el gran logro de la política exterior –la invitación a participar en las reuniones del G-20- fuera iniciativa del anterior e innumerable para algunos presidente de los Estados Unidos.

Pero hoy la prioridad de la sociedad española no es buscar culpables que ya sabe dónde están sino encontrar soluciones. Los españoles saben que los tiempos son difíciles y que el futuro mejor reclama un cambio político que recupere la concordia y la ambición compartida como nación. Y saben también que el mundo no se parará a esperar a quienes sigan ensimismados y mirando hacia atrás.

Es indudable que habrá que hacer reformas económicas imprescindibles. Es indudable que habrá que emprender reformas para lograr que el estado autonómico que diseña la Constitución sea viable y eficaz. Nadie pone en cuestión que nuestro sistema educativo no está a la altura que reclama la ambición de ser un país dinámico y competitivo.

Pero hoy quisiera expresar algunas ideas sobre la política exterior que, a mi juicio, sería necesaria. Es precisa una acción exterior clara, realista y ambiciosa.

Es indudable que el mundo no nos ha esperado estos años de letargo, retroceso y ensimismamiento. El proceso de globalización ha seguido imparable, pese a la crisis económica y financiera que ha afectado a los Estados Unidos y a Europa. En este mundo que ha cambiado, que ya no es el que fue cuando España estaba en otra posición, hay que preguntarse qué se debe hacer en la acción exterior para lograr la recuperación económica, política y social que nuestro país necesita con urgencia.

Y para estar en la mejor posición nuestra prioridad debe ser la Europa atlántica. Para ello, podemos y debemos volver a ser una fuerza de estabilidad y de crecimiento en el proyecto europeo si asumimos las reformas necesarias. Lo fuimos, podemos volverlo a ser.

Hoy Europa se divide entre quienes han entendido la globalización y quieren ganar posiciones en ese mundo asumiendo la necesidad de las reformas. Y, en otra categoría, quienes no han entendido la globalización, ignoran sus oportunidades y creen que todo puede seguir igual. No hace falta decirles por dónde va el futuro. A todos nos importa que Europa esté, en su conjunto, en el primer grupo.

Y esa Europa que tendrá un lugar relevante en el mundo de la globalización sólo puede ser una Europa de estabilidad, de apertura y de reformas económicas.

España puede y deber ser una impulsora de esa Europa. Debemos ir por delante, no por detrás. Tener iniciativa, no vivir a expensas de las circunstancias.

España debe ser firme partidaria de una moneda estable. España debe ser ejemplo de disciplina, rigor y seriedad económica en general y presupuestaria en particular. Debe ser también difusora de estabilidad porque ésa es la clave para tener un potencial de crecimiento alto y sostenido.

España debe ser un motor de las reformas estructurales, por propio convencimiento y no por imposición.

España debe ser campeona de la flexibilidad y de la apertura porque son las mejores recetas para ajustar la economía al nuevo escenario.

Nuestra experiencia histórica reciente nos muestra que con estabilidad, rigor y reformas se puede lograr crecimiento, empleo y prosperidad, y a la vez estar en el grupo de cabeza de Europa. Los españoles hemos demostrado que con objetivos ambiciosos e integradores, confiando en la sociedad, y con el esfuerzo y buen trabajo de todos hemos vencido los tópicos y prejuicios que parecían condenarnos para siempre a la segunda división.

Y ahora, si no nos ponemos, de verdad y no sólo sobre el papel, manos a la obra cuanto antes, y lo explicamos debidamente, perderemos un tiempo precioso, además del que ya hemos perdido, y volveremos a ver pasar un tren sin otra posibilidad que saltar a los vagones de cola.

Quiero ser muy claro. No hay futuro para España fuera del euro y no hay futuro para Europa sin el euro. Por eso España debe asumir como propios todos los compromisos que hacen posible la moneda única.

Porque si algo ha quedado claro es que no vale estar dentro del euro y pensar que otros deben pagar los costes de la incoherencia política, la vorágine de gasto público y el clientelismo de los últimos años. Salvo que aceptemos, y me parece inaceptable, que otros paguen esos excesos a cambio de dejar que tomen las decisiones que nos competen.

No estaríamos en la situación actual si quienes nos han gobernado en los últimos años hubieran asumido con seriedad los compromisos que democráticamente asumimos como nación al entrar en el euro. No es excusa que otros gobernantes de otros países fueran los primeros en faltar a las reglas acordadas entre todos. Ni es excusa ni exime de su responsabilidad a quienes abrieron las compuertas a un gasto público irrefrenable después de parar un proceso de reformas que tenía velocidad de crucero a la altura de 2004.

Sólo si Europa crece con estabilidad, fortaleza y apertura será un actor relevante en el mundo de la globalización. Y sólo si España asume que quiere ser un socio activo, seguro, responsable y ambicioso en sus objetivos estará entre quienes toman las decisiones y son parte de las soluciones y no del problema.

Con este propósito hay que empezar a trabajar hoy mejor que mañana. Porque la confianza y las expectativas de cambio serán las claves que nos permitirán recuperar el crédito que nuestra economía y nuestra política necesitan como agua de mayo.

La política exterior de estos años ha desatendido políticamente a Iberoamérica. Algunas ausencias recientes han sido clamorosas muestras de esa dejadez. No ha sido éste el caso de nuestras empresas, que han demostrado el acierto de haber invertido en una región que ha sabido, por primera vez en mucho tiempo, sortear una grave crisis económica.

Es urgente recuperar la presencia política en la región con una agenda clara y coherente de libertad y reformas, y abandonar el excéntrico apoyo a los populismos que erosionan las libertades, perpetúan el retraso económico y, en ocasiones, atacan directamente los intereses de los españoles.

Es imprescindible revertir ese apoyo absurdo a los populismos revolucionarios y apoyar con claridad la institucionalidad democrática y el Estado de derecho, la

apertura y las reformas económicas para luchar contra la pobreza y ofrecer oportunidades a la población.

La democracia liberal como modelo político no tiene alternativa seria. Pero no seamos ingenuos y pensemos que el modelo de la sociedad abierta y libre carece de enemigos en el mundo de hoy.

La buena noticia es que las tecnologías de la información no sólo hacen posible hoy el crecimiento económico. También facilitan que los demócratas del mundo, vivan en sociedades de libertad u oprimidos por regímenes autoritarios o dictatoriales, puedan ejercer un poder desconocido hasta ahora. En el norte de África y en Oriente Medio vemos el hartazgo de las poblaciones con las autocracias. Vemos que algunas han caído y que otras se aferran al poder con la represión más brutal.

Estamos ante un momento de incertidumbre, de riesgos y también de esperanza. Sería ingenuo pensar que el fundamentalismo islámico, que pretende una teocracia global, no intente aprovechar esta situación. Por eso nuestro compromiso debe ser siempre de apoyo a la democracia y a quienes están luchando por hacerla posible.

Lo que estamos viendo en el norte de África da la razón a quienes pensamos que la libertad es para todos y que no hay excepciones culturales al ansia universal de libertad. Y que la alternativa no puede ser entre autocracia corrupta o teocracia totalitaria.

Una política inteligente que apoye el deseo de cambio debería ponerse como objetivo que la realidad política que emerja tras los cambios esté basada en el reconocimiento de las obligaciones internacionales, en el respeto de los derechos de la personas y de las minorías, en especial de la torturada y perseguida minoría cristiana, y en el fomento de la economía de mercado para acabar con la corrupción y dar expectativas a una población frustrada por la falta de oportunidades. A nadie se le escapa que la existencia de una prensa libre y de una justicia independiente son claves para lograr estos objetivos.

Ésta debería ser una clara oportunidad para que Estados Unidos y Europa trabajaran juntos. La democracia en esos países, y no las autocracias toleradas, es un derecho de sus pueblos y es también la mejor garantía de seguridad y estabilidad.

Permítanme parafrasear a Mark Twain para afirmar que, en mi opinión, las noticias de la muerte del liderazgo de EEUU son claramente exageradas. Estados Unidos seguirá ocupando un claro liderazgo en el mundo. España tiene unos activos muy claros para recuperar y fortalecer una relación con Estados Unidos, que fue y puede volver a ser privilegiada. No sólo tenemos valores comunes: tenemos intereses comunes en los que es preciso saber avanzar con inteligencia y determinación.

En el relato de Javier Rupérez se recogen episodios cruciales en la lucha de contra el terrorismo. Tanto contra el que lleva décadas haciendo sufrir a los españoles con su barbarie como el que sacudió las conciencias de todo el mundo con los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Y las lecciones que se extraen son muy útiles hoy también.

En primer lugar, que las sociedades libres y democráticas no pueden permitirse ceder al chantaje del terror si quieren seguir siéndolo. En segundo lugar, que la determinación de derrotar a los terroristas con todas las armas a disposición del Estado de derecho es fundamental para acabar con esa lacra. En tercer lugar, que no es posible derrotar al terror legalizando parte del terror o aceptándolo en las instituciones. En cuarto lugar, que la ley debe evitar que los terroristas utilicen el Estado de derecho para acabar con él. Y, por último, que la cooperación internacional es imprescindible para lograr la derrota de los terroristas. Y una política exterior justa y seria debe buscar que todos los países cooperen en esa lucha, y ser exigente con quienes muestran reticencias y tibieza.

Vivimos un mundo cambiante, lleno de incertidumbres y de oportunidades esperanzadas. Es el mundo en el que España debe actuar para lograr una recuperación económica, política y social que los españoles ansían. España puede recuperar un rumbo perdido en política exterior. Será un capítulo importante en una tarea más grande, que es la de recuperar la concordia y el sentido de tarea común. El acuerdo

sobre las grandes líneas de acción exterior es posible y necesario. Exigirán grandeza, visión y generosidad. Y también requerirán de nuestros mejores profesionales y políticos. Javier Rupérez es uno de ellos.

Sólo una España estable y segura se hará respetar. Sólo si volvemos a hacer de España una nación cohesionada y que mire al futuro podremos defender nuestro interés nacional, y recuperar nuestra posición internacional entre las grandes democracias. Estoy convencido de que el cambio de ciclo político hará que este gran objetivo esté más cerca. Ésa es mi esperanza y mi deseo.